

beza: otras sube hasta los cielos sobre la cima de las olas: se divierte en las ondas como un muchacho que se mece sobre dos ramas unidas en las apacibles espesuras de un bosque. Colocando Dios á aquel hombre solitario en la región de las tempestades, le ha dado una señal de su dignidad real. "Vé, le dice, en medio del torbellino, hombrado desgraciado, yo te eché descendiendo sobre la tierra; pero á fin de que por miserable que seas no puedas desconocer tu alto destino, domarás con una esta los monstruos del mar y pondrás bajo tus pies las tempestades."

De este modo la Providencia, aficionándonos á la patria, justifica sus caminos, y nosotros tenemos muchas razones para amar á nuestro país. El árabe no olvida jamás el pozo del camello, la gaesela, y sobre todo el caballo, compañero de sus correrías. El negro se acuerda siempre de su choza, su azagaya, su banano y del sendero de la cebra y del elefante.

Se dice que un paje de escuela inglés había concebido tanto afecto á un navio á cuyo bordo había nacido, que no podía sufrir verse separado de él un momento. Cuando le querían castigar le amenazaban con que le echarían á tierra; entonces él iba á esconderse al fondo de la cala dando gritos. "¿Quién había dado á este marinero aquella inclinación tan singular á una tabla combatida de los vientos? Seguramente no eran ningunas conveniencias puramente locales y físicas. ¿Eran pues algunas conformidades morales entre los destinos del hombre y los del navio? ¿hallaba él, por decirlo así, algún embleso en concentrar sus penas y alegrías en su cuna? El corazón ama naturalmente el cerrarse; cuanto menos se muestra por fuera, menos superficie presenta á las heridas; por esta razón los hombres muy sensibles, como lo son generalmente los desgraciados, apeteen los rotivos pequeños. Lo que el sentimiento gana en fuerza lo pierde en extensión; cuando la república romana acababa en el monte Aventino, sus hijos moraban con alegría por ella; pero cesaron de amarla cuando sus límites llegaron hasta los Alpes y el Turo. Algún motivo de esta especie era sin duda el que alimentaba en el galopin inglés aquella predilección que tenía á su navio paternal: como pasajero desconocido sobre el océano de la vida, veía sublevarse todos los mares entre él y nuestros dolores; ífelix en no descubrir sino de lejos las tristes riberas del mundo y en acabar aquí abajo su viaje sin poner el pie en la tierra!

En los pueblos civilizados hizo prodigios el amor á la patria. Siempre en los designios de Dios hay una serie; fundó sobre la naturaleza el afecto al lugar nativo: el animal participa en cierto grado de este instinto con el hombre; pero este le extiende mas lejos y transforma en virtud lo que no era mas que un sentimiento de conveniencia universal. De este modo las leyes físicas y morales del universo se conservan por un

encadenamiento admirable. Dudamos que pueda ser posible tener una sola virtud verdadera y un solo verdadero talento sin amor á la patria; en la guerra hacen prodigios esta pasión y en las letras es la que formó á Homero y á Virgilio. El poeta ciego pinta con preferencia las costumbres de la Jónia, donde nació, y el cismo de Mantua no vive sin acordarse de su lugar nativo. Nacido en una cabaña y arrojado de la herencia de sus abuelos, parece haber influido singularmente estas dos circunstancias sobre su ingenio: ellas le dieron aquel carácter melancólico que forma una de sus principales gracias; recuerda continuamente aquellos acontecimientos, y se ve que se acuerda siempre de aquel Argos donde pasó su juventud.

Et dulces moriens reminiscuit Argos!

Pero la religión cristiana vino todavía á dar al amor de la patria su verdadera medida y su verdadera hermosura. Este sentimiento ocasionó delitos entre los antiguos, porque fué excesiva su extensión. El cristianismo hizo de él un amor principal y un amor exclusivo: ante todas cosas nos manda que amemos justos; quiere que amemos á la familia de Adán por ser la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan el primer derecho á nuestro afecto. Esta moral estaba desconocida antes de la misión del Legislador de los cristianos, y es un error decir que quiso anular las pasiones, porque Dios no destruye lo que ha hecho. El Evangelio no es la muerte del corazón, sino una regia; corresponde á nuestros sentimientos del mismo modo que el gusto á las bellas artes; quita de ellos lo que pueden tener de exagerado, de falso, de común y de trivial, y les deja lo que tienen de bello, de verdadero y de sabio. La religión cristiana bien entendida no es otra cosa que la naturaleza primitiva limpia de la mancha del pecado original.

Cuando nos vemos distantes de nuestro país, entonces es cuando con especialidad sentimos el instinto que nos une á él. A falta de realidad procuramos lisonjarnos con sueños, porque el corazón es muy experto en engaños; y cualquiera que haya sido alimentado al seno de la mujer, ha bebido la copa de las ilusiones. A veces es una cabaña la que se dispone como casa paternal; otros un bosque, un vallecillo ó una colina, á quienes se da aquellos dulces nombres de la patria. Andrómaca concede á un arroyo el nombre de *simois*. "¿Qué verdad tan tierna se halla en este pequeño arroyuelo que recuerda un gran río de la tierra natal! Cuando estamos distantes de las orillas que nos han visto nacer, toda la naturaleza se disimula y no es mas que la sombra de la que hemos perdido."

Otro ardor del instinto de la patria es hacer un grande aprecio de un objeto de poco valor en si

1. An. lib. X, v. 782.

mismo que vino de ella y le hemos traido al desierto. "Parece que el alma se derrama hasta sobre las cosas inanimadas que han tenido parte en nuestros desijos. Una parte de la vida queda ligada á la almohada donde dormitó nuestra cuna; y sobre todo á la paja que contó las vigillas de nuestras desgracias. Las llagas del alma, así como las heridas del cuerpo, dejan su impresión en todo cuanto tocan.

El pueblo tiene una expresión energética para pintar aquella languidez que experimenta el alma fuera de su patria, diciendo: *Este hombre tiene el mal del país*, y es verdaderamente un mal que no se puede curar sino restituyéndose á él. Pero por pocos años que dure la ausencia, ¿qué se encuentra en los lugares que nos han visto nacer? ¿Cuántos hombres existían de los que dejamos vivos? Allí vemos sepulcros donde antes había palacios; en otra parte vemos palacios donde antes había sepulcros. El campo paternal se hallaba cubierto de zarzales ó surcado por un arado extraño, y derrabado aquel árbol á cuya sombra fuimos alimentados.

Hubo en la Luisiana una negra y una salvaje esclava de dos colonos vecinos. Cada una de ellas tenía un hijo; la negra una hija de dos años y la india un niño de la propia edad que murió luego. Habiéndose citado las dos desgraciadas en un sitio desierto, concurrieron á él tres noches consecutivas: la una llevaba su hijo muerto y la otra su hija viva; la una su *maná* y la otra su *fetiche*. No se admiraban de ver en sí mismas una propia religión siendo ambas miserables. La india hacia las honras de la soledad: "Este es el árbol de mi país, decía á su amiga; sentádate á par llorar." En seguida ponían sus hijos sobre una rama de catalpa y los mecían juntos cantando canciones de su país.

"¡Ah! estos juegos maternales que adormecían muchas veces la inocencia, no podían despertar la muerte. Así se consolaban aquellas dos mujeres que habían perdido su hijo y su libertad la una, y su libertad y su patria la otra; el mismo dolor sirve de consuelo.

Cuéntase de un francés que precisado á abandonar su patria en la época ominosa del terrorismo, había comprado una barca sobre el Rin con el poco dinero que le quedaba. Alojado en ella con su mujer y sus hijos, de nadie recibía acogida por su pobreza. Cuando le arrojaban de una orilla, pasaba sin quejarse á la otra, y muchas veces perseguido en ambas, se veía en la necesidad de andar en medio del río. Alimentaba á su familia con la pesca; pero aun este socorro de la Providencia se lo disputaban los hombres. Valiase de la oscuridad de la noche para coger yerbas secas con que encender fuego, dejando á su esposa entre congojas mortales hasta que volvía. En fin, reducido á ser salvaje en medio de cuarenta naciones cultas, no veía en el globo ni siquiera un pie de tierra donde atreviese á poner la

planta, y errante en las fronteras de la Francia, cifraba su único consuelo en respirar el aire que había pasado por su patria.

Si nos preguntaran cuales son aquellos fuertes lazos que nos estrechan al lugar nativo, condescendamos ingenuamente que apenas se nos ofreciera respuesta. Acaso será la sonrisa de una madre, de un padre ó de una hermana; tal vez la memoria de un preceptor viejo que nos educó, ó de los jóvenes compañeros de nuestra infancia; puede ser que los cuidados que debemos á una buena nodriza, á un antiguo criado, parte tan esencial de la casa (*domus*), ó en fin, otras circunstancias que son las mas sencillas, y aun si se quiere las mas triviales, como un perro que ladraba de noche en el campo, un risetero que venía todos los años al jardín, el nido de una golondrina junto á una ventana, el campanario de la iglesia que se veía por encima de los árboles, el tojo del cementerio y el sepulcro gótico, que es todo aquello que se puede atribuir. Pero estos pequeños me que Dios manifiestan tanto mejor la realidad de una Providencia, cuanto no pudieran ser el origen de las grandes virtudes patrióticas si Dios no lo hubiera ordenado así.

LIBRO SEXTO.

INMORTALIDAD DEL ALMA, PROBADA POR LA MORAL Y EL SENTIMIENTO.

CAPÍTULO I.

DESEO DE FELICIDAD EN EL HOMBRE.

Aun cuando no hubiera nas pruebas de la existencia de Dios que las maravillas de la naturaleza, son tan fuertes estas pruebas, que ellas solas bastarían para convencer á cualquier hombre que busque la verdad. Pero si los que niegan la Providencia no pueden explicar sin ella los milagros de la creación, mucho mas embarazados se hallarían cuando les sea preciso responder á las objeciones de su propio corazón. Negando al Ser Supremo, se ven obligados á negar también otra vida; mas sin embargo, su alma los agita, se presenta á cada instante delante de ellos, y les fuerza, á pesar de los sofismas, á confesar su existencia y su inmortalidad.

Que nos digan por de contado ¿de dónde les viene el deseo de felicidad que les atormenta? ¿el alma muere en el sepulcro? Todas nuestras pasiones terrenas se pueden saciar fácilmente; el amor, la ambición y la cólera tienen una plenitud de *gozo* seguro. La necesidad de felicidad es la única que no tiene satisfacción ni objeto, porque no se sabe qué cosa es esa vaga felicidad

que se desea. Es preciso confesar que si todo es *matéria*, incurrirá aquí la *naturalidad* en un engaño enorme, porque hizo un sentimiento sin objeto.

Es cierto que nuestra alma está pidiendo incesantemente; apenas consigue el objeto de su deseo, cuando vuelve á pedir de nuevo, y todo el mundo no es capaz de satisfacerla. Solo lo infinito es el único campo que la conviene: gusta de perderse en los números, concebir las mas grandes y mas pequeñas dimensiones, y multiplicar sin término. Finalmente, fastidiada y nunca satisfecha con cuanto ha devorado, se precipita en el seno de Dios, donde viene á absorberse todas las ideas de lo infinito en perfección, en tiempo y en espacio. Este es el único centro de reposo que encuentra; pero no se sumerge en el seno de la Divinidad sino porque esta Divinidad está llena de tinieblas, *Deus obsconditus*. Si lograrse el alma una vista clara de sí misma, la desahogar igualmente que á todos los demás objetos que mide: aun se podría decir que para ello tendrían razón en algún modo, porque si el alma conociera bien el principio eterno de las cosas, sería superior á este principio, ó cuando menos igual á él. No sucede con los seres intelectuales lo que con los físicos: un hombre puede comprender muy bien el poder de un rey sin verlo; pero un hombre que comprendiese á Dios, sería Dios.

Los animales no se hallan inquietos con esta esperanza que manifiesta el corazón del hombre; consiguen al instante su suprema felicidad: un poco de yerba satisface al cordero y un poco de sangre harta al tigre. Si se dijese con algunos filósofos que la diversa conformidad de órganos ocasionaba toda la diferencia que hay entre nosotros y el bruto, se podría tal vez admitir este razonamiento en los estos puramente materiales; pero ¿qué tiene que ver mi mano con mi pensamiento cuando en la calma de la noche me arrojazo á todos esos espacios para encontrar en ellos al Ordenador de tantos mundos? ¿por qué no hacer el buey lo mismo que yo? Sus ojos le bastan; pero aun cuando tuviera mis pies y mis brazos, le serían del todo inútiles para ello. Puede echarse sobre el verde, levantar la cabeza hácia los cielos y llamar con sus mugidos al Señor desconocido que llena toda esta inmensidad. Pero no; prefiere la yerba que pisa, y sin preguntar á esos millones de soles, que son en lo mas alto del firmamento las grandes evidencias de Dios, darne el animal apaciblemente sin dudar ni percibir que con las maravillas de su instinto está echado é l mismo debajo del árbol y descansa allí como una pequeña prueba de la inteligencia divina.

La última criatura que busca por fuera, dignísimo así, y que no es para sí misma su todo, es el hombre. Suele decirse que el pueblo no padeció esta inquietud misteriosa, en cuyo caso se sintió duda menos desgraciado que nosotros, porque

un penoso trabajo le distrae de sus deseos y bebe sus dolores para apagar su sed de felicidad. Pero cuando se le va afanando en los seis días de la semana para disfrutar algunos placeres en el sétimo; cuando esperando siempre el descanso y no encontrándolo jamás, llega á la muerte sin cesar de desear, ¿diréis que no participa de aquella secreta aspiración que tienen todos los hombres á un bien desconocido? Si se pretende decir que este deseo está á lo menos limitado para él á las cosas de la tierra, tampoco es cierto: dad si no al hombre mas pobre todos los tesoros del mundo, suspended sus trabajos y satisficid sus necesidades, y veréis que dentro de pocos meses se hallará todavía con fastidio y esperanzas.

Por otra parte, ¿no es cierto que aun el pueblo mas miserable conoce este deseo de felicidad, que se extiende mas allá de la vida? ¿de qué proviene ese instinto melancólico que se nota en el hombre místico? En alguna ocasion lo hemos visto solo á la puerta de su cabaña mientras que su familia habia ido á orar á aquel Segador que separará el *buen grano de la zizaño*, que estalla atento al sonido de la campana en una actitud pensativa y que no se distrae por los pajarillos del aire vecino ni por los insectos que murmuran á su alrededor. Aquella noble figura del hombre, plantada como la estatua de un Dios sobre el umbral de una cabaña; aquella frente sublime sin embargo de estar llena de cuidados; sus espaldas cubiertas de una negra cabellera y denotando elevarse todavía como para sostener el cielo, aunque agobiadas con el peso de la vida; todo aquel ser, digo, tan majestoso aunque miserable, ¿no piensa en nada, ó piensa solo en las cosas terrestres? ¿Allí no es esta la expresion de aquellos labios entreabiertos, de aquel cuerpo inmóvil y de aquella vista fija en la tierra; la memoria de Dios está allí unida seguramente con el sonido de la campana religiosa.

Si es imposible negar que el hombre espera hasta el sepulcro, si es cierto que todos los bienes de la tierra, en vez de satisfacer nuestros deseos, no hacen mas que ahondar el alma y aumentar el vacío, es preciso concluir que hay alguna cosa mas allá del tiempo. *Vincula Invis mundi*, dice san Agustín, *asperitatem habent ceream, jucunditatem falsam: certum dolorem, incertum voluptatem: durum laborem, tandem quietem: rem plenam miseris, spem beatitudinis incertam.*

«El mundo tiene lazos llenos de una verdadera aspereza y de una falsa dulzura; dolores ciertos y gustos inciertos; un trabajo duro y un reposo inquieto; cosas llenas de miseria y una esperanza vacía de felicidad.» ¿Lejos de que queramos que el deseo de felicidad se haya colado en este mundo y su término en el otro, al miremos en salir de la bondad de Dios. Puesto que es necesario salir de esta vida tarde ó temprano,

la Providencia puso mas allá del término fatal un emblesmo que nos atraiga, á fin de disminuirnos el terror del sepulcro: cuando una madre quiere hacer saltar á su hijo una barrera, le pone del otro lado una cosa agradable para obligarle á pasar.

CAPÍTULO II.

DEL REMORDIMIENTO Y DE LA CONCIENCIA.

La conciencia presenta otra prueba de la inmortalidad de nuestra alma. Cada hombre tiene por medio de su corazón un tribunal donde comienza á juzgarse á sí mismo, aguardando que el Arbitrio soberano confirme la sentencia. Si el vicio no es mas que una consecuencia física de nuestra organización, ¿de qué proviene esa inquietud que turba los días de una prosperidad culpable? ¿Por qué es tan terrible el remordimiento, que se profiere regularmente sujetarse antes á la pobreza y á todo el rigor de la virtud, mas bien que adquirir bienes ilegítimos? ¿Por qué hay una voz en la sangre y una palabra en la piedra? El tigre despedana su presa y duerme; el hombre, cuando se hace homicida, no descansa. Busca los lugares desiertos, y sin embargo, la soledad le espanta; anda al rededor de los sepulcros y con todo, le tiene miedo. Su mirar es móvil é inquieto; no se atreve á fijar la vista en la pared de la sala del festín, temiendo ver en ella caracteres funestos. Todos sus sentidos parece que se hacen mas expeditos para atormentarle: ve en medio de la noche luces que le amenazan; está siempre cercado del olor de la carnicería; percibe el olor del veneno hasta en los manjares que él mismo se ha preparado; su oído sutil percibe ruido donde todo el mundo advierte silencio; y abrazado á su amigo, le parece sentir debajo de sus vestidos un puñal oculto.

«Oh conciencia! no serás tú mas que un fantasma de imaginación, ó el miedo de los castigos de los hombres? Yo me pregunto á mí mismo: «Si pudieras con solo el deseo matar un hombre en la China y heredar sus bienes en Europa con certeza sobrenatural de que nada se sabría jamás; ¿consentirías tú en la ejecución de este «deseo?» Por mas que exagere mi indignidad, por mas que quiera disminuir este homicidio suponiendo que en virtud de mi deseo muere de repente el chino sin dolor, que no temia herederos y que al tiempo de su muerte perdía el Estado su juror oprunido de enfermedades y disgustos, y me persuada que la muerte es un beneficio para él, que él mismo la llama y que no le resta mas que un instante de vida; sin embargo de todos mis vanos subterfugios, oigo en el fondo de mi corazón una voz que grita tan fuertemente contra el solo pensamiento de semejante suposición,

que no puedo dudar un instante de la realidad de la conciencia.

Es, pues, una triste necesidad verse obligado á negar los remordimientos para negar la inmortalidad del alma y la existencia de un Dios vengador. Sin embargo, no ignoramos que el ateísmo, llevado hasta el extremo, apela á esta negacion vergonzosa. El sofista exclamaba en el parasismo de la gota: «Oh dolor! jamás con «fesaré que eres un mal.» Mas aun cuando fuera cierto que hubiese hombres tan desgraciados que ahogasen el grito de la conciencia, no se probaría nada con esto. No juzguemos al que tiene el uso de todos sus miembros por el paralítico que no puede valerse de los suyos: el delito, cuando llega á su último grado, es una enfermedad del alma que la cauteriza; trastornando la religion, se destruye el único remedio que podía restablecer la sensibilidad en las partes muertas del corazón. Esta admirable religion de Cristo era una suerte de suplemento á lo que faltaba á la humanidad. «Se pecaba por exceso, por demasiada prosperidad ó por impotencia de genio; allí estaba ella para advertirnos la inconstancia de la fortuna y el peligro de la cólera. «Se pecaba por defecto, hallándose expuestos por indigencia de bienes ó por tibieza del alma; ella nos enseñaba á despreciar las riquezas, al mismo tiempo que calentaba nuestros hielos y nos daba pasiones, por decirlo así. Sobre todo, con el delirio era inagotable su caridad: no habia hombre tan manchado que no le admitiese al arrepentimiento, ni leproso tan horrible que no le tocase con sus manos puras. Para lo pasado no pedía mas que el dolor y para lo futuro solo exigía una virtud: *Ubi autem abundantius delictum, dice, superabundavit gratia*. Superabundó la gracia donde abundó el delito.» Dispuesto siempre Jesucristo para avisar al pecador, estableció su religion como una segunda conciencia para el culpado endurecido que tuviese la desgracia de perder la conciencia natural; conciencia evangélica, llena de compasion y de dulzura, á la cual concedió el hijo del Todopoderoso el derecho de perdonar, que no tiene la primera.

Después de haber hablado del remordimiento que sigue al delito, seria inútil hablar de la satisfacción que acompaña á la virtud. El contento interior que se experimenta cuando se hace una obra buena, no es una combinación de la materia; ni el remordimiento de la conciencia cuando se comete una acción mala, consiste en el miedo de las leyes.

Si los sofistas sostienen que la virtud no es mas que un amor propio disfrazado, y que la compasion no es otra cosa que el amor de sí mismo, les podremos preguntar: ¿si no han sentido nada en sus entrañas después de haber aliviado á un des-

graciado, ó si es el miedo de volver de nuevo á la infancia el que interence en la inocencia de un recién nacido? La virtud y las lágrimas son para los hombres el origen de la esperanza y la base de la fe; cómo, pues, crecerá en un Dios el que no da crédito á la realidad de la virtud ni á la verdad de las lágrimas?

Queríamos injuriar á los lectores si nos detuviéramos á mostrarles cómo se prueba la inmortalidad del alma y la existencia de Dios por esta voz interior llamada conciencia. "Hay en el hombre, dice Ciceron, un poder que le lleva al bien y le aparta del mal, que no solo es anterior al nacimiento de los pueblos y ciudades, sino tan antiguo como el mismo Dios por quien subsiste y son gobernados el cielo y la tierra; porque la razon es un atributo esencial de la inteligencia divina, y esta razon que hay en Dios, determina necesariamente lo que es vicio y lo que es virtud."

CAPITULO III.

NO HAY MORAL SI NO HAY OTRA VIDA. PRESUNCION EN FAVOR DEL ALMA, SACADA DEL RESULTADO QUE TIENE EL HOMBRE Á LOS SEPULCROS.

La moral es la base de la sociedad; pero si es materia cuanto hoy en nosotros, no hay realmente vicio ni virtud, y de consiguiente tampoco hay moral. Nuestras leyes, siempre relativas y mudables, no pueden servir de punto de apoyo á la moral, que es siempre absoluta é inalterable; es preciso, pues, que tenga su origen en un mundo mas estable que este, y fidores mas seguros que unas recompensas precarias ó unos castigos pasajeros. Algunos filósofos han creído que la religion ha sido inventada para sostenerla; pero no han advertido que toman el efecto por la causa. No es la religion la que se deriva de la moral, antes bien la moral es la que nace de la religion; siendo claro, como dejamos dicho, que la moral nace de los verdaderos poderes este consentimiento universal de las naciones; que los filósofos antiguos miraban como una ley de la naturaleza, y sostienen que ciertos salvajes no tienen comercio alguno de Dios.

Los ateos se atormentan inútilmente en olear la debilidad de su causa. De todos sus argumentos resulta que su sistema no se funda sino sobre excepciones, al paso que el deismo camina por la regla general. Si se dice que el género humano cree en Dios, al instante se opone el incrédulo tales salvajes, tal persona, ó á si mismo. "Se sostiene que el acaso no ha podido formar el mundo, porque no hubiera habido en él sino una favorable suerte contra imposibilidades incalculables; conviene en esto el incrédulo, pero responde que *existía esta suerte*, y de este modo responden en todo lo demás. De manera que para el ateo es la naturaleza un libro en que la verdad

cualquiera de ellos, y no ves que te conviertes en polvo! Me aseguras, como Jehovah, una larga existencia; y tienes tú, como él, la eternidad para sacar días de ella? ¡Imprudente! no está en tu mano la hora en que vives, ni poseses en propiedad mas que la muerte. ¿Que sacraras tú del fondo de tu sepulcro, á excepción de la nada, para recompensar ni virtud?"

Hay, finalmente, otra prueba moral de la inmortalidad del alma, en que debemos insistir; esta es la veneracion que profesan los hombres á los sepulcros. Allí por un encanto invencible, está ligada la vida á la muerte, nuestra naturaleza se muestra superior al resto de la creacion y anuncia sus altos destinos. ¿La bestia conoce acaso su féretro ó se inquieta con sus cenizas? ¿Qué impresion la hacen los huesos de su padre ó por mejor decir, sabe cuál es su padre después que pasan las necesidades de la infancia? ¿De dónde, pues, nos viene la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Por ventura merecían nuestros homenajes algunos terrones de polvo? No seguramente; no respetamos las cenizas de nuestros antepasados, sino porque una voz secreta nos dice que no está muerto todo en ella. Esto es lo que consagra el culto fúnebre entre todos los pueblos de la tierra; todos están igualmente persuadidos que no es durable el mundo, aun en el sepulcro, y que no es otra cosa la muerte que una trasfiguracion gloriosa.

CAPITULO IV.

DE ALGUNAS OBJECIONES QUE SE LE HACEN EN FAVOR DEL ALMA, Y QUE SE RESPONDE.

Si internarnos mas en las pruebas metafísicas, que omito de intento, procuráremos responder únicamente á algunas objeciones que se reproducen sin cesar.

Si embargo de haber asegurado Ciceron después de Platon que no hay pueblos entre los cuales no se halla alguna nocion de la Divinidad, ni entre los bárbaros y salvajes este consentimiento universal de las naciones; que los filósofos antiguos miraban como una ley de la naturaleza, y sostienen que ciertos salvajes no tienen comercio alguno de Dios.

Los ateos se atormentan inútilmente en olear la debilidad de su causa. De todos sus argumentos resulta que su sistema no se funda sino sobre excepciones, al paso que el deismo camina por la regla general. Si se dice que el género humano cree en Dios, al instante se opone el incrédulo tales salvajes, tal persona, ó á si mismo. "Se sostiene que el acaso no ha podido formar el mundo, porque no hubiera habido en él sino una favorable suerte contra imposibilidades incalculables; conviene en esto el incrédulo, pero responde que *existía esta suerte*, y de este modo responden en todo lo demás. De manera que para el ateo es la naturaleza un libro en que la verdad

se halla siempre en la nota y jamás en el texto; una lengua cuyos barbarismos solamente forman la esencia y el genio.

Cuando se llega, por otra parte, á examinar estas pretendidas excepciones, se descubre que corresponden á causas locales ó que se incluyen tambien en la ley establecida. Aquí, por ejemplo, es falso haya salvajes que no tengan nociones de la Divinidad. Los primeros viajeros que habian asegurado este hecho, fueron desmentidos por otros viajeros mas bien instruidos. Entre los incrédulos de los bosques se habian citado los salvajes del Canadá; hemos visto á estos sofistas de la choza, que debian haber aprendido en el libro de la naturaleza, como nuestros filósofos en los suyos, que no hay Dios ni otra vida para el hombre. Mas aquellos indios son unos absurdos bárbaros que ven el alma de un niño en una paloma ó en el ramo de una sensitiva. Las madres entre ellos son tan insensatas, que vierten su leche sobre el sepulcro de sus hijos, y colocan en él al hombre en la misma postura que tenia en el seno materno. Será esto acaso para enseñar que la muerte no es mas que una segunda madre que nos para para otra vida? El ateísmo no entrará jamás en estos pueblos que deben á la Providencia su alojamiento, su vestido y su alimento; y aconsejamos á los incrédulos no se fien de estos aliados corrompidos que reciben secretamente regalos del enemigo.

Otra objecion. "Una vez que el espíritu crece y se disimula, y con la edad y sigue todas las alteraciones de la materia, será de una naturaleza material y de consiguiente divisible y sujeta á perecer."

Ó el espíritu y el cuerpo son dos entes diferentes, ó uno solo: si son dos, es preciso confesar que el espíritu está encerrado en el cuerpo, y tras esta misma, el espíritu estará sujeto en algun modo á los lazos que le estrechan. Parecerá que se eleva ó se baja en las proporciones de su cubierta; pero esta objecion no subsiste en la hipótesis de que el espíritu y el cuerpo se consideran como *dos sustancias distintas*.

En la hipótesis que suponéis de que el alma y el cuerpo no son mas que *uno y todo*, participando de la vida y de la muerte, *estais obligados á probar la asercion*. Mas ya está demostrado, hace algun tiempo, que el espíritu es esencialmente diferente del movimiento y de las otras propiedades de la materia, porque no es *extenso ni divisible*.

De este modo queda derribada por su fundamento la objecion, pues se reduce á saber si la materia y el pensamiento son *una misma cosa*; lo que no se puede defender sin absurdo.

Además de esto, no se imagine que empleando la prescripcion para evadirse de esta dificultad, sea imposible atacarla por el fondo. Se puede probar que al mismo tiempo que el espíritu pa-

rece que sigue los accidentes del cuerpo, conserva los caracteres distintivos de su esencia. Los ateos, por ejemplo, exponen en triunfo la locura, las heridas del cerebro y las fibras delirantes; á fin de apoyar su triste sistema, estos hombres infelices se ven precisados á tomar por auxiliares de su causa todas las desgracias de la humanidad. Y bien; esas fibras y esa locura que el ateísmo, es decir, el genio del mal, tiene mucha razon de llamar en prueba de su realidad, ¿qué demuestran en sustancia? Yo veo una *maginacion* desarrayada, pero un entendimiento *arreglado*. El loco y el enfermo perciben objetos que *no existen*; pero ¿razonan acaso *mal* sobre estos objetos? Nada de eso, antes bien sacan de una causa enferma consecuencias sanas.

Lo mismo sucede á un hombre calenturiento: su alma se halla ofuscada en la parte en que se representan las imágenes, porque la debilidad de los sentidos no le trasmite mas que nociones engañosas; pero sin embargo, la religion de las ideas queda entera é inalterable. Lo mismo que sucede en un fuego echado con una materia vil, el cual no por eso deja de ser fuego puro, aunque sustentado de alimentos impuros; de la misma manera el pensamiento que es una llana inmortal, sale incorruptible del medio de la corrupcion y de la muerte.

En cuanto á la influencia de los climas sobre el espíritu, que se alegó como prueba de la materialidad del pensamiento, suplicamos á los lectores presten atencion á nuestra respuesta, porque en lugar de resolver una simple objecion, vamos á sacar de ella misma una prueba singular de la inmortalidad del alma.

Se ha observado que la naturaleza se muestra mas fuerte en el Setentrion y Mediodia; entre los trópicos es donde se hallan los mas corpulentos cuadrúpedos, los mas largos reptiles, las aves mas grandes, los rios mas caudalosos y las mas altas montañas. En las regiones del Norte es donde nadan los enormes cetáceos, donde se hallan las desmesuradas ovas y el *aguanada gano*. Si todo es efecto de la materia, de la combinacion de los elementos, de la fuerza del sol, del resultado del frío y del calor, de la sequedad y humedad, ¿por qué solo el hombre es el exceptuado de la ley general? ¿Por qué su capacidad física y moral no se dilata con la del elefante bajo la linea, y con la de la ballena bajo el polo? ¿Se dirá que es, como el bucy, un animal de todos los países? Pero el bucy conserva su *instinto* en todos los climas, y vemos con respecto al hombre una cosa bien diferente.

Muy lejos de seguir la ley general de los seres y de fortificarse donde la materia se supone mas activa, se debilita el hombre en razon del crecimiento de la creacion animal á su alrededor. El indio, el peruviano y el negro en el Mediodia, el esquimal y el lapon en el Norte, son una prueba de ello. Aun hay mas: la América, don-

de la mezcla de tierras y aguas da á la vegetación todo el vigor de una tierra primitiva, es sin embargo perjudicial á las razas de hombres, aunque lo vaya siendo cada día menos en razon de la debilidad del principio material. El hombre no tiene toda su energia sino en las regiones donde los elementos menos activos dejan mas libre curso al pensamiento, y dando este pensamiento, por decirlo así, despojado de su vestido terreno, no es incomodado en ninguno de sus movimientos ni en ninguna de sus facultades.

Es preciso, pues, reconocer aquí alguna cosa en oposición directa con la naturaleza pasiva; esta cosa es nuestra alma inmortal. Se resiste á todas las operaciones de la materia enferma, y queda débil cuando está muy tocada de ella. Este estado de languidez del alma produce por su parte la debilidad del cuerpo; y este, que á estar solo hubiera aprovechado con el calor del sol, se halla impedido por el abatimiento del espíritu. Si se dijese, por el contrario, que el cuerpo no pudiendo aguantar los extremos de frío y calor, hacia degenerar el alma degenerando el mismo tambien, seria tomar otra vez el efecto por la causa. No es el vaso el que obra sobre el líquido, sino el líquido el que oprime al vaso; de modo que esos pretendidos efectos del cuerpo sobre el alma son precisamente los efectos del alma sobre el cuerpo.

La duplicada debilidad mental y física de los pueblos del Norte y Mediodía y la melancolía de que parecen estar poseídos, no pueden, pues, según nosotros, atribuirse á una calentura muy leu- ta ó muy aguda, puesto que los mismos accidentes no producen el mismo efecto en las zonas templadas. Este efecto lamentable de los habitantes del polo y de los trópicos es una verdadera tristeza intelectual, producida por la posición del alma y sus combates contra las fuerzas de la materia. De esta suerte no solamente manifestó Dios su sabiduría por las ventajas que suca el globo de la diversidad de latitudes, sino que tambien, colocando al hombre sobre estas escalas, nos demostró casi matemáticamente la inmortalidad de nuestra esencia, por cuanto el alma se deja sentir mas en donde menos obra la materia, y el hombre disminuye donde el bruto aumenta.

Toquemos la última objeción.

“Si la idea de Dios está naturalmente impresa en nuestras almas, debe preceder á la educación, prevenir el razonamiento y manifestarse desde la infancia: los niños, pues, no tienen “idea de Dios; luego, etc.”

Siendo Dios espíritu y no pudiendo ser entendido sino del espíritu, un niño en quien aun no está desarrollado el pensamiento, no podrá concebir el Ser soberano. “Por qué se ha de pedir al corazón su funcion mas noble, cuando no está acabado y cuando la maravillosa obra está todavía en manos del operario?”

Mas por otra parte, ¿es cierto que el niño no tiene á lo menos el instinto de su Criador? Po-

driamos tomar por testigos á sus pequeños desvarios, sus inquietudes y miedos en la noche, y su inclinación á levantar los ojos hacia al cielo. Ved ese niño que juntando sus inocentes manecillas repite con su madre una oración á Dios; ¿por qué razon este jóven ángel de la tierra tartamudea con tanto amor y pureza el nombre de aquel soberano Ser á quien no conoce?

He aquí este recién nacido á quien trae la nodriza en sus brazos. ¿Qué ha dicho él para causar tanta alegría á aquel venerable viejo, á esa hombre hecho y á esa mujer jóven; únicamente dos ó tres sílabas medio formadas que nadie entendió; y ve aquí trasportados de alegría á unos seres racionales, desde el abuelo que sabe todas las cosas de la vida, hasta su joven madre que aun las ignora. ¿Quién, pues, ha puesto este poder en la palabra del hombre? ¿Por qué el sonido de una voz humana os commueve tan impresionantemente? Lo que os sujeta aqui es un misterio que pertenece á causas mas elevadas que el interés que se puede tener en la edad de este niño; alguna cosa os está diciendo que esas palabras mal articuladas son los primeros destellos de un pensamiento inmortal.

CAPÍTULO V.

PELIGRO É INUTILIDAD DEL ATEISMO.

Hay dos clases de ateos muy diferentes: los primeros, consiguientes en sus principios, declaran sin vacilar que no hay Dios, ni alma, ni diferencia esencial entre el bien y el mal, que el mundo pertenece á los mas fuertes y á los mas sabios, etc. Los segundos, que componen la gente honrada del ateísmo, son los hipócritas de la incredulidad; absurdos personajes, mil veces mas peligrosos que los otros, y que con una fingida dulzura son capaces de abandonarse á todos los excesos por sostener su sistema: estos, apellidados hermanos, os degollarían; tienen continuamente en sus labios las palabras de moral y de humanidad, y son tres veces perversos, porque añaden á los vicios de su ateísmo la intolerancia de un sectario y el amor propio de un autor.

Dicen estos hombres que el ateísmo no destruye la felicidad ni la virtud, y que no hay condición alguna donde no sea tan conveniente ser incredulo como ser religioso: esto es lo que tenemos que examinar.

Si debe estimarse una cosa en razon de su mayor ó menor utilidad, es bien despreciable el ateísmo, porque no es bueno para nadie.

Recurramos la vida humana, comenzando por los pobres y los desgraciados, que componen el mayor número sobre la tierra. Ahora bien, innumerable familia de los miserables, ¿sois por ventura vosotros á quienes es útil el ateísmo? Responded. ¿Qué nadie responde! no se oye una voz siquiera! Solo percibo un cántico de espe-

ranza y de suspiros que se dirigen hácia el Señor. Estos coros: pasemos á los dichosos.

Nos parece que el hombre feliz no tiene interés alguno en ser ateo. ¿Qué dulzura siente en pensar que sus días se prolongarán mas allá de la vida! ¿On qué desesperación no dejaría este mundo si creyera ver separado para siempre de la felicidad? Aun cuando todos los bienes del siglo se juntasen sobre su cabeza, no servirían sino para hacerle mas horrible su nada. El rico puede tambien estar seguro de que la religion aumentará sus placeres, mezclando en ellos una ternura inefable; no se endurecerá su corazón ni le fastidiarán los delicates, que son el escollo inevitable de las largas prosperidades. La religion previene la sequedad del alma, y es lo que significa aquel óleo santo con que el cristianismo consagraba los reyes, la juventud y la muerte, para impedir que fuesen estériles.

El militar se avanza al combate: ¿si será ateo este hijo de la gloria? El que busca una vida sin fin ¿querrá morir? ¿Aparecerá sobre vuestras nubes tonantes, soldados innumerables, antiguas legiones de la patria! ¿Vosotros, famosas milicias de la Francia y al presente milicias del cielo, presentaos aquí! Decid á los héroes de nuestra edad, desde lo alto de la ciudad santa, que el valiente no está todo entero en el sepulcro, y que después de él queda alguna cosa mas que una vana fama.

Todos los grandes capitanes de la antigüedad han sido memorables por su religion: Epaminondas, libertador de su patria, pasaba por el mas religioso de los hombres; Jenofonte, aquel guerrero filósofo, era el modelo de la piedad; Alejandro, eterno ejemplo de los conquistadores, se llamaba hijo de Júpiter. Entre los romanos, los antiguos consules de la republica, Cincinato, Fabio, Papirio Cursor, Paulo Emilio y Cipion, no colocaban su esperanza sino en la divinidad del Capitolio: Pompeyo iba á los combates invocando la asistencia divina; César queria descender de una raza celestial; Catón, su rival, estaba convencido de la inmortalidad del alma; Bruto, su asesino, creía en las potencias sobrenaturales, y Augusto, su sucesor, no reinó sino en nombre de los dioses.

Entre las naciones modernas ¿era acaso incredulo aquel fiero Sicambro, vencedor de Roma y de las Gaudas, que postrándose á los pies de un sacerdote, echaba los cimientos del imperio francés? ¿Era acaso incredulo San Luis, árbitro de los reyes, y reverenciado de los mismos infieles? ¿Aquel Du Guesclin, cuyo ataud conquistaba las ciudades; el caballero, el irreprochable é impertérrito Bayardo, el viejo condestable de Montmorency, que rezaba su rosario en medio de los campamentos, eran acaso hombres sin fe? ¿Oh tiempos aun mas maravillosos en que Bossuet restituía á Turena al seno de la Iglesia!

No hay carácter mas admirable que el de un héroe cristiano. El pueblo á quien defiende le mira como á su padre; protege al labrador y sus

cosechas, aleja las injusticias, y es un ángel de la guerra, que envía Dios para suavizar esta plaga. Las ciudades abren sus puertas al solo ruido de su justicia y los terraplenes caen delante de sus virtudes; es el amor del soldado y el idolato de las naciones; es un valor guerrero la caridad evangélica; su conversacion commueve é instruye, y sus palabras tienen una gracia de perfecta simplicidad: causa admiracion hallar tanta dulzura en un hombre acostumbrado á vivir en medio de los peligros: á este modo se oculta la miel bajo la corteza de una encina que ha despreciado las tempestades.

Concluimos, pues, con decir que el ateísmo bajo ningún aspecto es bueno para el guerrero.

Tampoco vemos que sea mas útil en los diversos estados de la naturaleza que en las condiciones de la sociedad. Si la moral estriba toda en el dogma de la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma, un padre, un hijo, un esposo y una esposa no tienen interés alguno en ser incredulos. ¡Ah! ¿cómo se concebirá, por ejemplo, que una mujer pueda ser atea? ¿Quién apoyará esta caña si la religion no sostiene su fragilidad: ¿á un ente el mas débil de la naturaleza, en vispera siempre de la muerte ó de perder sus encantos? ¿Quién sostendrá á este ente que se sonríe y muere, si su esperanza no se extiende mas allá de una existencia efímera? Aunque no fuera mas que por el interés de su hermosura, debía ser la mujer piadosa. La dulzura, la sumision, la amabilidad y la ternura fueron una parte de los embalsos que el Criador prodigó á nuestra primera madre, y la filosofía desconoce esta especie de atractivos.

La mujer, que tiene naturalmente un carácter de misterio porque gusta de encurisarse; que no demuestra jamás sino la mitad de sus gracias y pensamientos; que se puede adivinar pero no conocer; que como madre y como virgen está llena de secretos; que seduce sobre todo con su ignorancia, y que el cielo formó para la virtud y el sentimiento mas misterioso, el pudor y el amor: esta mujer, renunciando al dulce instinto de su sexo, ¿irá con una mano débil y temeraria á levantar el espeso velo que cubre la Divinidad? ¿A quién pensará agradar con este esfuerzo sacrilego? ¿Pensará acaso darnos una grande idea de su ingenio uniendo sus pequeñas blasfemias y sus frivolas metafísicas á las imprecaciones de Espinosa y á los sofismas de Bayle? Sin duda no tendrá ánimo de elegir un esposo, porque ¿qué hombre de juicio querría casarse con una impia?

La esposa incredula rara vez tiene idea de sus deberes; pasa su vida razonando sobre la virtud sin practicarla, ó siguiendo sus placeres en el torbellino del mundo. Su cabeza está vana, su alma vacía; la tristeza la devora; no tiene Dios, ni cuidados domésticos para llenar el abismo de sus momentos.

Pero se acerca el día de la venganza; llega el tiempo que trae de la mano á la vejez: el espec-

tro con cabellos blancos, espaldas encorvadas y manos yertas, se sienta sobre el umbral de la casa de la mujer inercial: reconocele esta y da un grito. Mas ¿quién puede oír su voz? ¿Será su esposo? pero ya no le tiene; hace mucho tiempo que se alejó del teatro de su deshonra. ¿Son por ventura sus hijos? perdidos por una educación impía y por el ejemplo maternal, no tomarán ningún cuidado por su madre. Si mira á lo pasado, no ve camino alguno, porque sus virtudes no han dajado huellas en él. Dirige al cielo por la primera vez su triste pensamiento y comienza á creer que le hubiera sido mas dulce tener una religion. Sentimiento inútil! el último castigo del ateísmo en este mundo es desear la fe sin poderla conseguir. Cuando reconoce al fin de su carrera las mentiras de una falsa filosofía; cuando la nada como un astro fíneño comienza á describirse sobre el horizonte de la muerte, querría volverse á Dios, pero ya no es tiempo; el espíritu embaulado por la incredulidad desecha toda convicción. ¡Oh! ¿qué profunda es la soledad cuando la Divinidad y los hombres se retiran á un mismo tiempo! Muere finalmente esta mujer; espira entre los brazos de una asistente mercenaria ó de un hombre harto de sufrirla, que erce ha resistido demasiado á la enfermedad: un estrecho ataud la encierra dentro de sí. No se ve en sus funerales una hija desolada, ni vemos ni nietos llorando, digna pompa que con la bendición del pueblo y canto de los sacerdotes, acompaña al sepulcro á la madre de familias. Solamente puede suceder que algun hijo desconocido que ignore el secreto de su triste nacimiento, entrando por casualidad al acompañamiento, y extraviado del abandono de su féretro, pregunte el nombre del difunto á los que van á echar á los gusanos el cadáver que les fué prometido por la mujer atea.

¿Qué diversa es la suerte de la mujer religiosa! sus dias están rodeados de alegría y su vida llena de amor: su esposo, sus hijos y sus criados la respetan y estiman; todos depositan en ella una ciega confianza, porque creen firmemente en la fidelidad de aquella que es fiel á su Dios. La fe de esta cristiana se fortifica por su felicidad y su felicidad por su fe; cree en Dios porque es dichosa y es dichosa porque cree en Dios.

¡Ah! ¿qué mas necesita una madre para convertirse de que existe en alguna parte una felicidad suprema, que el ver á su niño sonreírse? No se muestra enteramente la bondad de la Providencia en la cuna del hombre? ¿Qué consecuencias tan firmes! no serán ellas mas que el efecto de una materia insensible? Nace el niño y el pecho de su madre está lleno; la boca del convidado infante no está armada, tomándolo hecír la leche del banquete maternal: erce el niño y la copa se hace mas nutritiva; se le desteta y se agota la maravillosa fuente. Aquella mujer tan débil adquiere de repente unas fuerzas que la hacen soportar las fatigas que no podría aguan-

tar el hombre mas robusto. ¿Quién la despierta á media noche, al mismo tiempo que su tierno hijo va á pedirle su acostumbrado alimento? ¿De dónde viene aquella destreza que jamás habia tenido? ¿Cómo toca á esta tierna flor sin hacerla daño? Sus cuidados parece que son el fruto de la experiencia de toda su vida, y sin embargo, este es su hijo primogénito. El menor ruido espanta á la virgen; ¿dónde están los ejércitos, los rayos y los peligros que harán poner pálida á la madre? En otro tiempo necesitaba esta mujer un alimento delicado y una blanda cama, el menor viento la incomodaba; pero ahora un pan grueso, un vestido tosco, una cama de paja, la lluvia y los vientos, nada la incomodan: con tal que tenga en su pecho una gota de leche para alimentar á su hijo y entre sus harapos un pedazo de mantilla para cubrirlo.

Bejo este supuesto, sería preciso estar muy obstinado para no abrazar el partido donde no solamente la razon halla el mayor número de pruebas, sino donde la moral, la felicidad, la esperanza, el mismo instinto y todos los deseos del alma nos conducen naturalmente; porque si como es falso, fuese cierto que el espíritu tiene la balanza en el fiel entre Dios y el ateísmo, tambien lo sería de que se inclinaria mucho mas al lado del primero: además de la mitad de su razon, pone el hombre en la parte de Dios todo el peso de su corazón.

Quedaremos enteramente convencidos de esta verdad si se examina el modo con que el ateísmo y la religion proceden en sus destrucciones. La religion no se vale sino de pruebas generales, ni juzga sino sobre el órden de los cielos y sobre las leyes inmutables del universo; no ve sino las gracias de la naturaleza, los embeladores instintos de los animales y sus bellas relaciones con el hombre.

El ateísmo no trae sino vergonzosas excepciones; no percibe sino desórdenes, lagunas impuras, volcanes y bestias dañosas; y como si quisiera esconderse en el cielo, se vale de los reptiles é insectos para que lo provean de pruebas contra Dios.

La religion no habla sino de la grandeza y hermosura del hombre.

El ateísmo solo ofrece la lepra y la peste. La religion saca sus razones de la sensibilidad del alma, de los vináculos mas dulces de la vida, de la piedad, del amor, del conjugal y de la ternura maternal.

El ateísmo lo reduce todo al instinto del bruto, y por primer argumento de su sistema presenta un corazón que nada puede interesar.

Finalmente, la religion sostiene que tendrán fin nuestros males, nos consuela, conjuga nuestras lágrimas y nos ofrece una vida futura.

El ateísmo no habla de este modo; antes por el contrario, en su abominable culto los dolores humanos hacen humear el incienso, la muerte es

el sacrificador, el altar el féretro y la nada la Divinidad.

CAPITULO VI.

FIN DE LOS DOGMAS DEL CRISTIANISMO. ESTADO DE LAS PENAS Y RECOMPENSAS EN LA OTRA VIDA. EL SEÑO ANTIGUO, ETC.

Reconocida la existencia de un Ser Supremo y determinada la inmortalidad del alma, no hay dificultad, en cuanto al fondo, en admitir un estado de recompensas y castigos después de esta vida; los dos primeros dogmas traen consigo necesariamente el tercero. Solo pues se trata de hacer ver cómo es este moral y poético en las opiniones cristianas y cuán superior se muestra aquí la religion evangélica á todos los cultos de la tierra.

En el eliso de los antiguos no se hallan mas que héroes y hombres que habian sido dichosos ó brillantes en el mundo; pero los niños, los esclavos y los hombres oscuros (es decir, la desgracia y la inocencia) estaban desterrados á los infiernos. ¿Qué recompensas eran para la virtud aque-llas banquetes y bailes, cuya oferta duracion bastaria para hacer de ellos uno de los tormentos del Tártaro!

Mahoma promete otros placeres. Su paraíso es una tierra de almizcle y de la harina mas pura de trigo, regada por el río de la vida y el Acahtar, arroyo que tiene su origen bajo las raíces del Tado ó el árbol de la felicidad. Murmullan bajo palmas de oro unas fuentes cuyas gotas son de ámbar gris y sus bordes de aloes. Sobre las orillas de un lago cuadrangular reposan mil copas hechas de estrellas, de que se sirven las almas predestinadas para sacar el agua. Todos los elegidos sentados sobre un tapete de seda á la entrada de sus tiendas, comen el globo terrestre convertido por Allah en un delicioso pastel. Unos eunucos y setenta y dos vírgenes de negro ojos les sirven en trescientos platos de oro el pez Nuan y las costillas del bífalo Balan. El ángel Israfil entona continuamente hermosos cánticos; las Huris mezclan sus voces con estos conciertos, y las almas de los poetas virtuosos, retiradas en la gloria de ciertas aves que revolotean sobre el árbol de la felicidad, acompañan al coro celestial; y unas campanas de cristal, colgadas de las palmeras de oro, se mueven con mucha melodia á impulsos de un viento que sale del trono de Dios.

Los placeres del cielo de los escandinavos eran sangrientos; sin embargo, se advertia allí una grandeza en las delicias atribuidas á las sombras guerreras y al poder que ellas tenían para dirigir las tempestades y los torbellinos. Este paraíso era el resultado del género de vida que tenia el bárbaro del Norte. Errante sobre las playas sal-

vajes, esta triste voz que sale del Océano hacia caer su alma en inmensos desvarios; extraviado de pensamiento en pensamiento en las ondas de sus deseos, como las olas de murmullo en murmullo, se mezclaba con los elementos, subia sobre las nubes errantes, balaceaba los despojados bosques y volaba sobre los mares como las tempestades.

Los infiernos de las naciones infieles son tan caprichosos como su cielo: solo nos reservamos hablar del Tártaro en la parte literaria de nuestra obra, donde vamos á entrar al instante. Sea lo que fuere, las recompensas que el cristianismo promete á la virtud y los castigos que anuncia al delito, se dejan conocer verdaderamente á primera vista. El cielo y el infierno de los cristianos no se han imaginado con relacion á costumbres particulares de un pueblo, sino que se han fundado en ideas generales que convienen á todas las naciones y á todas las clases de la sociedad. Oid en pocas palabras mas sensillo y sublime que hay en ella: La felicidad del justo consistirá en poseer á Dios con plenitud en la otra vida; la desgracia del impío será conocer las perfecciones de Dios y verse privado de ellas para siempre.

Se dirá tal vez que el cristianismo no hace mas que repetir sobre este asunto las lecciones de Platon y Pitágoras. Convenimos, pues, en que la religion cristiana no es la de los pequeños espíritus, puesto que se confiesa que estos dogmas son los de los sabios.

En efecto, los gentiles exhalan en cara á los primeros fieles que no eran sino una secta de filósofos; pero aun cuando fuese cierto (que todavia no está probado) que la docta antigüedad tuviese las mismas nociones que el cristianismo por lo que mira al estado futuro, una cosa es la verdad encerrada en un pequeño círculo de discípulos escogidos, y otra una verdad que viene á ser el maná comun del pueblo. Lo que los mas grandes talentos de la grecia tuvieron por el último esfuerzo de la razon, se enseña públicamente en cada esquina de nuestras ciudades, y el menestral puede comprar por poco dinero en el catecismo de sus hijos los mas sublimes secretos de las antiguas sectas.

Nada diremos por ahora acerca del purgatorio, porque le consideramos en otra parte bajo las aplicaciones morales y poéticas. En cuanto al principio que establece este lugar de expiación, está fundado sobre la razon misma, pues que hay un estado de libeza entre el vicio y la virtud, que ni merece las penas del infierno ni las recompensas del cielo.

CAPITULO VII.

JUICIO FINAL.

Hay diferentes opiniones entre los padres de la Iglesia sobre el estado inmediato del alma del

justo desde su separación del cuerpo. San Agustín opina que va á una morada de paz, donde aguarda á reunirse con su carne incorruptible.¹ San Bernardo piensa que sube al cielo, donde contempla la humanidad de Jesucristo, pero no su divinidad, de que no gozará hasta después de la resurrección;² mas en otros lugares de sus sermones asegura que entra inmediatamente en la plenitud de la felicidad celestial;³ esta es la opinión adoptada por la Iglesia.

Pero siendo justo que el cuerpo y el alma que han cometido ó practicado juntos la culpa ó la virtud, sufran ó sean recompensados juntamente, nos enseña la religión que el mismo que nos ha sacado del polvo nos despertará de él segunda vez para comparecer en su tribunal. La escuela estoica creía, igualmente que los cristianos, en el infierno, en el paraíso, en el purgatorio y en la resurrección de los cuerpos,⁴ y también estaba escarpada entre los magos la idea confusa de este dogma.⁵ Los egipcios esperaban resucitar después que hubiesen pasado mil años en el sepulcro;⁶ los versos sibílicos hablan de la resurrección y del juicio final, etc.⁷

Burlándose Plinio de Demócrito, nos dice cuál era la opinión de este filósofo tocante á una resurrección. *Similis et de asserendis corporibus hominum, ac reviviscendi promissa á Demócrito vanitas, qui non vixit ipse.*⁸

La resurrección está claramente expresada en estos versos de Feoclités sobre las cenizas de los muertos:

“Es impiedad dispersar los restos mortales del hombre, porque las cenizas y huesos de los muertos volverán á ver la luz y se harán semejantes á Dios.”

Virgilio habla oscuramente del dogma de la resurrección en el libro sexto de su Eneida.

Pero ¿cómo es posible que unos átomos dispersos en todos los elementos puedan reunirse para formar los mismos cuerpos? Muchos tiempos ha que se hizo esta objeción, á que respondieron la mayor parte de los santos Padres.⁹ “Ex-

1 De Trinit. lib. XV, cap. 25.

2 Serm. in Sanct. omn. 1, 2, 3 De Considerat. lib. V, cap. 4.

3 Serm. II de S. Malac. n. 5. Serm. de S. Viet. n. 4.

4 Seneq. epist. 90 id. ad Marc. Laert. lib. VII. Plat. in resp. etic. et in fac. lud.

5 Hyde, Rel. pers. Plat. de Is. et Oair.

6 Diód. y Herod.

7 Boecius in Solin. c. 8. Lact. lib. VII, cap. 29; lib. IV, cap. 15, 18 y 19.

8 Lib. VII, cap. 55.

9 S. Cirilo, obispo de Jerns. Catech. XVIII S. Greg. Nio. Orat. pro Res. carn. S. August. de Civit. Dei, lib. XX. S. Chrys. Homel. in Resurr. carn. S. Greg. Pap. Dial. IV. S. Amb. Serm. in Fid. res. S. Epiph. Ancyp. rot. p. 88.

“plícame cómo eres, dice Tertuliano, y te diré cómo serás.”

No hay cosa mas asombrosa ni mas formidable que aquel momento del fin de los siglos anunciado por el cristianismo.

En aquel tiempo se manifestarán en los cielos señales fúestas: se abrirá el pozo del abismo; los siete ángeles verterán las siete copas llenas de cólera; los pueblos enfermos se matarán entre sí; las madres oírán á sus hijos quejarse en su seno, y la muerte recorrerá todos los reinos sobre su pálido caballo.

Entre tanto comenzará á temblar la tierra sobre sus basas, y la luna cubierta de un sangriento velo concluirá apenas su ordinario curso. Los astros amenazando penderán medio desprendidos de su bóveda, y el mundo se hallará en agonía. Llegará de repente la hora fatal; suspenderá Dios los movimientos de la creación, y el mundo habrá pasado como un río agotado.

El ángel del juicio hará entonces resonar su trompeta, y dirá: ¡Muertos, levantaos! Surgite, mortui. Abriéndose con gran ruido los sepulcros, saldrá el género humano á un mismo tiempo de la tumba, y las razas juntas se extenderán por el profundo Josafat.

He aquí el Hijo del hombre que aparecerá sobre las nubes. Las potencias infernales subirán desde lo profundo del abismo para asistir á la última sentencia pronunciada sobre los siglos: los malos cabrios y las orejas estarán separados; los malos se sumergirán en el abismo, y los justos subirán triunfantes á los cielos. Volverá Dios á entrar en su reposo, y reinará en toda parte la eternidad.

CAPITULO VIII.

FELICIDAD DE LOS JUSTOS.

Preguntan cuál es aquella plenitud de felicidad celestial que el cristianismo promete á la virtud, y se quejan de su espiritualidad tan grande. “A lo menos en el sistema mitológico, dicen, se podía formar una imagen de las delicias de las “sombras felices; pero ¿cómo se podrá comprender la felicidad de los escogidos?”

Fenelon adivinó esta felicidad cuando hizo bajar á Telémaco á la morada de los manes; su eliso es visiblemente un paraíso cristiano. Comparad su descripción con el eliso de la Eneida, y veréis cuántos progresos ha hecho hacer el cristianismo á la razón y al corazón del hombre.

“Una luz pura y dulce se esparce al rededor “de los cuerpos de los hombres justos y los en- “bre con sus rayos como con un vestido: esta “luz no es parecida á la luz melancólica que “alumbra los ojos de los miserables mortales; “no es otra cosa que tinieblas; mas bien es una

1 In Apologet.

“gloria celestial que una luz: penetra con mas “sutiliza los cuerpos mas opacos que los rayos “del sol un cristal puro; jamás deslumbra, sino “que antes bien fortifica los ojos y lleva hasta el “fondo del alma una serenidad inexplicable. De “ella sola se alimentan los hombres felices; sale “de ellos y en ellos vuelve á entrar: los pen- “etra y se incorpora á ellos del mismo modo que “los alimentos se incorporan á nosotros. Ellos “la ven, la sienten y la respiran; hace, nacer en “ellos un manantial inagotable de paz y de ale- “gría; se ven sumergidos en este abismo de de- “licias, como los peces en el mar; nada mas “quieren, todo lo tienen sin tener nada, porque “este gusto de luz pura mitiga el hambre del co- “razon.....

“Se hallan pintadas en su rostro una eterna ju- “ventud, una felicidad sin fin y una gloria del “todo divina; pero su alegría nada tiene de loca “ni de indecente: es una alegría dulce, noble y “llena de majestad. El gusto sublime de la “verdad y de la virtud es el que los trasporta; “están sin interrupción y en cada momento en “el mismo sobresalto de corazón en que está una “madre que vuelve á ver á su querido hijo que “había tenido por muerto; pero esta alegría, que “huye pronto de la madre, no desampara jamás “el corazón de los hombres.”

Las mas bellas páginas del Fedon no son tan divinas como esta pintura; pero sin embargo, Fenelon, contenido en los limites de su ficción, no ha podido atribuir á las sombras toda la felicidad que él hubiera delineado en los verdaderos escogidos.¹

1 Lib. XIX.

2 Véase tambien el sermón sobre el cielo por el abate Foule.

El mas puro de nuestros sentimientos en este mundo, es la admiración; pero esta admiración terrestre está siempre mezclada con alguna debilidad, sea en el objeto que admira ó en el admirador. Que se imagine un ser perfecto, principio de todos los seres, en quien se vea clara y santamente el secreto de las cosas y todo lo que fué, es y será; supóngase al mismo tiempo una alma exenta de envidia y de necesidades, incorruptible, inalterable, infatigable y capaz de una atención sin fin; figúresela contemplando al Todopoderoso, descubriendo continuamente en él nuevos conocimientos y nuevas perfecciones, pasando de admiración en admiración, y no acordándose de su existencia sino por el prolongado sentimiento de esta admiración: concébid además á Dios como soberana hermosa y como principio universal de amor; representaos todas las amistades de la tierra, que vienen á perderse ó reunirse en este abismo de sentimientos, como gotas de agua en el mar, de modo que el alma afortunada ame únicamente á Dios, sin dejar por eso de amar á los amigos que tuvo acá abajo; persuadidos, finalmente, que el predestinado tiene la convicción íntima de que su felicidad no tendrá fin,¹ y entonces tendreis una idea, aunque muy imperfecta, de la felicidad de los justos; entonces comprenderéis que todo lo que el corazón de los bienaventurados puede hacer oír, es aquel grito de ¡Santos! ¡Santos! ¡Santos! que muere y renace eternamente en el éxtasis eterno de los cielos.

1 San Agustín.